

Ismail Kadaré

Diario de Kosovo

Artículos, cartas y otros textos

Traducción del albanés
de María Rocés y Ramón Sánchez Lizarralde

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Índice

Diario de Kosovo

PRIMERA PARTE

Diario de Kosovo	11
-------------------------	----

SEGUNDA PARTE

Artículos y prólogos	137
Es preciso europeizar los Balcanes	139
El infierno lleva por nombre Kosovo	146
El triunfo del crimen	160
Ganar la guerra, perder la paz. Al regreso de Kosovo	170
Extractos del prólogo al libro <i>La cuestión de Kosovo</i> de Ibrahim Rugova	180
El escritor de un pueblo prohibido. Extractos del prólogo a la edición francesa de la novela <i>La muerte me viene de esos ojos</i> de Rexhep Qosja	190

TERCERA PARTE

Cartas a tres presidentes	201
Carta a George Bush	203
Carta a François Mitterrand	207
Carta a Václav Havel	211

Primera parte

DIARIO DE KOSOVO

La idea de tomar estas notas en forma de diario acerca de Kosovo me surgió, por lo que parece, de regreso de Nueva York, una noche de comienzos de enero de 1999, mientras sobrevolaba el océano Atlántico.

Hacia ya algún tiempo que las informaciones sobre Kosovo, las declaraciones oficiales, los análisis, los diagnósticos políticos, las previsiones ocupaban un espacio siempre creciente en los medios de comunicación. Pero, al igual que al comienzo de Hamlet, cuando, como ha observado T. S. Eliot, llega un momento en que se alude a la aparición del fantasma y la charla normal de los guardias adopta de pronto un tono particular, solemne e incluso luctuoso, así entre la multitud de informaciones sobre Kosovo se produjo bruscamente una transformación. Tal vez fuera imperceptible a primera vista. Los términos utilizados, las declaraciones, continuaban siendo semejantes, los análisis políticos se parecían a los precedentes, las fórmulas y las amenazas también. Y, sin embargo, si se prestaba la necesaria atención se discernía en todo ello un ritmo nuevo, unas veces ralentizado, otras acelerado, una especie de reverberación, un eco semejante a los que se originan bajo la cúpula de un templo. En la prosa cotidiana de los medios políticos hacían aparición con frecuencia cada vez mayor elementos de la fatalidad («En Kosovo fue donde comenzó, allí es donde llegará a su fin...»), como llegados de otro mundo. El círculo se cerraba, los presagios se ensombrecían. Con toda naturalidad, como en los tiempos antiguos, se esperaba a que el telón se alzara sobre el último acto de la tragedia.

En realidad, nosotros llevábamos ya tiempo sumergidos en la tragedia, sólo que ahora sus contornos se tornaban más nítidos. Todos los acontecimientos cotidianos, las declaraciones del Consejo de Seguridad o de la OTAN, la partida de los portaaviones, los bombardeos, las masacres, las deportaciones adquirirían de inmediato los atributos de una suprema desgracia, se densificaban en el interior de una estructura de apariencia sobrenatural, como en el teatro antiguo, pero que no era sino fruto de nuestra propia existencia.

Así fue como, ante los ojos del mundo entero, al pueblo albanés le cayó en suerte experimentar una de esas infrecuentes calamidades que consiguen conmover a todo el planeta. Desde sus sillones, los demás asistieron durante semanas y meses a su padecimiento. La mayor parte con dolor y compasión, algunos con indiferencia y otros, los menos, con cinismo. De este modo contemplaron cómo dicho pueblo era golpeado con el hacha, cómo era desarraigado, derribado, y luego conseguía volver a levantarse para escapar de aquella abominación.

Estas notas se refieren a sucesos diarios aislados, tal y como se fueron produciendo día tras día durante el curso de esos diez meses.

Componen la materia de un drama fragmentado o, mejor dicho, son las piedras de las que está hecho. Corresponde al lector unir las en su mente para erigir él mismo con ellas la capilla conmemorativa de un sufrimiento.

Tirana, 12 de octubre de 1999

París, 3 de enero de 1999

Acabo de llegar de Nueva York. La inquietud que se percibía allí a propósito de Kosovo era más intensa que en cualquier otro lugar. En esa ciudad se tiene siempre la sensación de que el bien y el mal son más palpables que en ninguna otra parte del mundo. Tal vez se deba a la imagen de los rascacielos, sobre todo por la tarde. Con sus plantas interminables, los millares de ventanas, que parecen débilmente iluminadas a causa de la distancia, recuerdan que las personas de las que hablan los periódicos, esas que deciden el destino de los demás, los políticos, los banqueros, los artistas, los asesinos, se encuentran por todos lados, como flotando en el aire entre esa inmensa multitud de luces. Richard Holbrook se aloja en uno de esos rascacielos, junto a Central Park, no lejos del hotel Plaza donde me he instalado junto con Elena. Una incompatibilidad de agendas, su ausencia de Nueva York debido a las Navidades, ha sido la causa de que no pudiera entrevistarme con él como estaba previsto. Mis amigos neoyorquinos me dijeron que su esposa es una apasionada de la literatura. Los albaneses de aquí, lo mismo que los de otras ciudades norteamericanas, se encuentran en un estado febril. Van y vienen de Nueva York a Washington, de Detroit a Boston, buscan los me-

dios para introducirse en el Senado, en la Casa Blanca, ofrecen cenas para los congresistas, envían cartas, organizan manifestaciones. Por desgracia, sus acciones están a menudo mal coordinadas. Ocurre que la obstinación, los arrebatos balcánicos, un amor propio enfermizo, el afán de gloria triunfan sobre la necesidad de unión. Trato de consolarme pensando que pueblos igualmente enérgicos como el griego o el hebreo también se dejan llevar por la efusión. Intento eludir la idea de que, pese a todo, existe una gran diferencia entre ellos y nosotros. En la mala hora, ellos han sabido siempre mantenerse unidos como un puño, lo que no es precisamente nuestro caso.

7 de enero

La prensa diaria francesa, la radio, la televisión, las revistas periódicas están repletas de noticias y artículos sobre Kosovo. Resulta verdaderamente difícil de creer. Hace unos pocos años, la sola mención del nombre de Kosovo en algún foro europeo provocaba que la delegación yugoslava se levantara y se ausentara con aire ultrajado. Entonces los organizadores corrían a convencerles, corrían los diplomáticos de probada flema, los mediadores del Tercer Mundo, toda clase de expertos en apagar conflictos marchaban tras ellos hasta que, finalmente, se les veía volver refunfuñando a ocupar su lugar en torno a la mesa. Naturalmente, con la promesa de que el error no volvería a repetirse. Es decir, que Kosovo sería reintegrado al silencio y la oscuridad.

Recuerdo bien el desprecio, la mudez oficial, la ausencia de respuesta a las cartas, la exasperación, varias veces la presión indirecta. Para alguien procedente de un país dictatorial, un país libre como Francia ejerce una presión que es algo así como el maullido de un gato con el pelo erizado comparado con el rugido de un tigre. Por eso no produce el menor efecto. Más tarde, cuando algo comenzó a moverse también

en Kosovo, sobre todo tras lo ocurrido en Bosnia, los despachos y los altos funcionarios, tanto en el Elíseo como en Matignon, estaban aún cargados de prejuicios, de falta de conocimiento, de malentendidos en ocasiones dramáticos. El más alto dignatario francés al que he escuchado por primera vez hablar con seriedad sobre Kosovo fue Michel Rocard. Estuvimos Rugova y yo en su despacho, en la sede del Partido Socialista, en la calle Solférino. Por desgracia, cuatro días después perdió su cargo, lo que se me antojó un mal augurio. Poco más tarde fue con Simone Veil. Nos encontramos en un restaurante parisino y conversamos durante largo tiempo. Ella acababa de regresar de Kosovo y no ocultaba su inquietud. De todos modos, las dos fortalezas de la verdad a propósito de Kosovo, la revista *L'Esprit* y la editorial Fayard, no cesaron nunca de hablar de la región mártir. El 9 de septiembre de 1998, una muy rápida respuesta del presidente Jacques Chirac a una carta que yo le había dirigido me convenció de que Francia estaba entrando en una nueva fase en su actitud respecto a Kosovo.

Al cabo de cierto tiempo me llegó una invitación del ministro Hubert Védrine a un «almuerzo sobre Kosovo en el Ministerio de Asuntos Exteriores».

La formulación era de lo más habitual, aunque, para mí, las palabras «almuerzo sobre Kosovo» parecían contener algo fúnebre. Era sin duda mi propia sobrecarga emocional, la angustia permanente que experimentábamos durante aquellos días millones de albaneses, lo que le confería aquella tonalidad sombría. Yo había criticado al ministro por su nombre en un artículo publicado en el diario *Le Monde*, y ahora me estaba arrepintiendo.

Al almuerzo estaban invitadas alrededor de una docena de personas. Además de altos responsables del Ministerio, se encontraban allí Pierre Hasner, Alain Finkielkraut, Olivier Mongin, Antoine Garapon, etcétera. Por parte de los kosovares estaba Muhamedin Kullashi. Sólo faltaba Alexandre Adler, director de *Courrier international*.

Acostumbrado al amor propio tan fácilmente irascible de nuestra querida estirpe balcánica, yo esperaba alguna muestra de despecho en el proceder del ministro. Ocurrió todo lo contrario.

En el curso del almuerzo, cada uno de los invitados expresó su punto de vista. La pregunta fundamental se relacionaba con la posibilidad de reconocer a Kosovo algún estatus de independencia. Dos o tres de los asistentes declararon de forma contundente que esa independencia era la única solución para Kosovo. El ministro les hizo saber que existía una homogeneidad de posiciones contrarias a la independencia. Incluso los más próximos a la opción albanesa, como los norteamericanos y los alemanes, se pronunciaban en contra.

Intervengo para manifestar que la homogeneidad no es un argumento. En la Grecia antigua, incluso las mentes más esclarecidas eran partidarias de la esclavitud. Sin embargo no tenían razón.

He observado que mucha gente, sobre todo los dirigentes políticos, experimentan un temor reverencial en cuanto se alude a los antiguos griegos. Si mencionas algo a propósito de ellos, dejan al instante de contradecirte. He salido de la reunión con una sensación de alivio. El solo hecho de que se conversara de ese modo, calmada y naturalmente, sin irritación y sin encono, sobre la independencia de Kosovo me parecía en verdad una buena señal.

8 de enero

Malas noticias. El ELK¹ apenas se sostiene. Imágenes insoportables de las gargantas nevadas de Kosovo. Los periodistas prevén el fin de la resistencia armada de los albaneses. Algunos no ocultan cierta satisfacción cínica. Un kosovar conocido mío está a punto de echarse a llorar mientras me habla por te-

¹ Ejército de Liberación de Kosovo. (*N. de los T.*)

léfono: ¡Qué es lo que hace Albania! ¡Cómo puede permanecer de brazos cruzados, el demonio la lleve! Es un desahogo ya corriente a estas alturas.

11 de enero

Se tiene la impresión de que en alguna parte (en algún lugar en las alturas, en el Olimpo o en Bruselas, por ejemplo) se ha llegado a la conclusión de que quizá sea preferible que el ELK desaparezca. De lo contrario, ¿cómo puede entenderse que se lo abandone, sin la menor ayuda, a merced del destino?

Temo que los pacifistas albaneses hayan desempeñado un papel muy perverso en ese abandono. Sus vergonzosas declaraciones contra los que en estos momentos se están sacrificando son una mancha para la moral de todo un pueblo.

Las campañas de los pacifistas para denigrar al ELK han atravesado distintas etapas. Comenzaron de una manera encubierta, bajo mano. Se glorificaba toda muestra de vasallaje y sumisión, incluso enviando telegramas de felicitación a las familias que habían soportado de brazos cruzados las humillaciones de las milicias serbias. Luego se fue más allá.

Recuerdo muy bien dos enterramientos que se produjeron uno tras otro en Pristina, justo en aquel tiempo. Un estudiante albanés perseguido por las milicias se niega a entregarse y es abatido con las armas en la mano. Los líderes pacifistas albaneses dan orden a su gente y a todo el pueblo de que no acudan al entierro. El estudiante es sepultado ante no más de diez personas. Unos días más tarde, un trabajador de la enseñanza del que no recuerdo el nombre, miembro de la tristemente famosa comisión serbo-albanesa de educación, así pues alguien muy próximo a los pacifistas, muere en un choque de automóviles. Los líderes organizan un entierro imponente en el que toman parte más de 100.000 personas.

La provocación no puede ser más evidente. Un estudiante mártir que moría por la libertad de Kosovo debía ser enterra-

do como un perro. En cambio, un mediocre funcionario de la enseñanza, miembro de una comisión fantoche (una de esas muchas comisiones que eran creadas por Milošević cada vez que se sentía en apuros y trataba de echar arena a los ojos del mundo), era honrado como un héroe.

El mensaje, lo mismo que la provocación, resultan fáciles de interpretar. La actitud que se reclama es la sumisión y no la resistencia, de modo que el pueblo albanés opere una transformación radical en su código moral. En otras palabras, tomar al león por perro y al perro por león. O todavía más, morder definitivamente el polvo.

La segunda fase de la campaña pacifista fue el descrédito descarado de los muchachos y muchachas del ELK. Se calificaba de agentes de los serbios a quienes daban la vida en la lucha contra estos últimos. Hasta el momento no he escuchado que se hayan pedido excusas por esta abominable blasfemia.

La tercera fase, la actual y la más peligrosa de todas, tiene dos caras. Por una parte, delante del pueblo albanés se pronuncian unas cuantas palabras de simpatía por el ELK; por la otra, a sus espaldas, desde todos los despachos del Consejo de Europa, de la OTAN, de la ONU, del Senado, del Congreso, de los ministerios, se vierte bilis contra ellos, se les trata como terroristas, marxistas, fundamentalistas, fascistas, etcétera, en otras palabras, se sugiere la conveniencia de eliminarlos.

18 de enero

Dos días después de la matanza de Reçak, se proyecta la sombra de la duda sobre la veracidad del testimonio de los albaneses. El primero, o uno de los primeros en hacerlo, es el periodista de *Le Figaro*, Renaud Girard. Los argumentos son ridículos: los milicianos serbios filmados mientras reventaban las puertas de los albaneses aparecían sin máscara, sin embargo los testigos albaneses declararon que los autores de la masacre llevaban los rostros cubiertos durante la operación. Uno de